

RESUMEN

Apología de Sócrates · toda la historia, de principio a fin

La lámpara encendida

RESUMEN COMPLETO

Apología de Sócrates

de Platón

La lámpara encendida

Un juicio en Atenas

Atenas, año trescientos noventa y nueve antes de Cristo. Un anciano de más de setenta años comparece por primera vez en su vida ante un tribunal. Se llama Sócrates. No ha escrito nunca un libro, no ha cobrado nunca por enseñar, y se ha pasado la vida en las plazas de la ciudad haciendo preguntas a todo el que se cruzaba con él.

Lo acusan tres ciudadanos: Melito, Anito y Licon. Según ellos, Sócrates es culpable de dos cosas: de corromper a los jóvenes, y de no creer en los dioses de la ciudad, sino en divinidades nuevas. Si lo declaran culpable, la pena que piden es la muerte.

La Apología es el discurso con el que Sócrates se defiende, tal como lo recordó y lo escribió su discípulo Platón, que estaba presente en el juicio. Apología, en griego, no significa pedir perdón, sino defensa. Y es una defensa muy extraña, porque Sócrates no hace casi nada de lo que haría alguien que quiere salvarse.

Hablaré como siempre he hablado

Sócrates empieza advirtiendo a los jueces que sus acusadores han hablado muy bien, tan bien que casi lo convencen a él mismo de que es otra persona. Pero no han dicho ni una palabra de verdad. Él, en cambio, va a decir toda la verdad, sin adornos, con las mismas palabras sencillas que usa en la plaza. Les pide que no se fijen en cómo habla, sino en si lo que dice es justo.

Los acusadores antiguos

Antes de responder a Melito, dice Sócrates, tiene que defenderse de otros acusadores más peligrosos: los antiguos. Son los que llevan años diciendo de él, desde que los jueces eran niños, que es un sabio que investiga lo que hay en el cielo y bajo la tierra, y que sabe hacer que la razón más débil parezca la más fuerte.

Esas calumnias son difíciles de combatir porque no tienen nombre. Sócrates solo puede mencionar a uno: un poeta cómico, Aristófanes, que en una comedia sacó a escena a un tal Sócrates que decía pasearse por los aires, y otras extravagancias. Pero él nunca se ha dedicado a esas cosas, y muchos de los presentes pueden confirmarlo.

Tampoco es verdad que cobre por enseñar, como hacen los sofistas que van de ciudad en ciudad. Sócrates menciona con ironía a uno de ellos, Éveno de Paros, que cobra cinco minas por sus lecciones. Si de verdad sabe enseñar a ser buen ciudadano, dice Sócrates, es un hombre muy dichoso. Yo, desde luego, no sé hacerlo.

El oráculo de Delfos

Entonces, ¿de dónde viene su fama? Sócrates lo explica con una historia. Un amigo suyo de la infancia, Querefon, un hombre impetuoso, fue un día al templo de Delfos y le preguntó al oráculo si había alguien más sabio que Sócrates. Y la sacerdotisa respondió que no, que no había nadie más sabio.

Cuando Sócrates se enteró, se quedó perplejo. Él sabía que no era sabio en nada. Pero el dios no puede mentir. ¿Qué quería decir aquella respuesta? Para entenderla, decidió buscar a alguien más sabio que él, y así demostrar que el oráculo se equivocaba.

Solo sé que no sé

Fue primero a ver a un político con fama de sabio. Habló con él, le hizo preguntas, y descubrió que aquel hombre creía saber muchas cosas, pero no sabía nada. Sócrates pensó: yo tampoco sé nada importante, pero al menos no creo saberlo. En eso, en esa pequeña cosa, soy más sabio que él.

Después fue a ver a los poetas. Descubrió que escribían cosas bellas, pero no por sabiduría, sino por inspiración, como los adivinos, que dicen cosas hermosas sin entender lo que dicen. Y, por ser buenos poetas, se creían sabios en todo lo demás.

Por último fue a ver a los artesanos. Estos sí sabían cosas que él no sabía, cosas de su oficio. Pero tenían el mismo defecto: por dominar su arte, se creían sabios también en los asuntos más grandes.

Así entendió Sócrates el oráculo. El dios no hablaba de él en concreto: lo usaba como ejemplo. El más sabio de los hombres es el que, como Sócrates, reconoce que su sabiduría no vale nada.

Por qué lo odian

Desde entonces, Sócrates ha dedicado su vida a esa misión. Va por la ciudad preguntando, y cuando encuentra a alguien que se cree sabio sin serlo, se lo demuestra. Eso le ha dejado pobre, porque no ha tenido tiempo de ocuparse de sus asuntos. Y le ha ganado muchos enemigos.

Además, los jóvenes ricos, que tienen tiempo libre, lo siguen y se divierten viéndolo, y luego imitan sus preguntas con otros. Los que quedan en evidencia no se enfadan con ellos, sino con Sócrates, y

dicen que corrompe a la juventud. Esa es, explica, la verdadera causa de la acusación.

Sócrates pregunta a Melito

Después Sócrates se dirige a su acusador, Melito, y lo interroga delante de todos, como hace en la plaza.

Le pregunta quién hace mejores a los jóvenes. Melito responde que las leyes, los jueces, los senadores, la asamblea; en fin, todos los atenienses. ¿Todos los hacen mejores, y solo Sócrates los corrompe? Sócrates le pregunta si pasa lo mismo con los caballos: si todo el mundo puede hacerlos mejores, y solo uno los echa a perder. Es al revés: solo unos pocos saben cuidarlos. Melito, dice Sócrates, demuestra así que nunca se ha preocupado de verdad por los jóvenes.

Le pregunta después si él corrompe a los jóvenes queriendo o sin querer. Nadie quiere vivir entre malvados, porque le harían daño. Si lo hace sin querer, no hay que juzgarlo, sino enseñarle.

Y por último, la acusación de impiedad. Melito acaba diciendo que Sócrates no cree en ningún dios. Pero en la acusación escrita dice que cree en divinidades nuevas. ¿Cómo se puede creer en cosas divinas sin creer en los dioses? Sería como creer en las cosas de los caballos sin creer en los caballos. Melito se contradice. Ha escrito la acusación como un juego, para ver si alguien se daba cuenta.

No tengo miedo a la muerte

Sócrates sabe que no lo condenará Melito, sino la envidia y la calumnia de muchos. Y se imagina que alguien le pregunta si no le da

vergüenza haber llevado una vida que ahora lo pone en peligro de muerte.

Él responde que un hombre de bien no debe pensar en si va a vivir o a morir, sino solo en si obra con justicia o con injusticia. Recuerda a Aquiles, el héroe de la guerra de Troya, que prefirió morir vengando a su amigo Patroclo antes que vivir como un cobarde.

Él mismo, dice, nunca abandonó su puesto en la guerra, en Potidea, en Anfípolis y en Delio, cuando los generales le mandaron quedarse. Sería absurdo que ahora abandonara el puesto que le ha dado el dios, el de vivir buscando la verdad, por miedo a la muerte.

Además, temer a la muerte es creerse sabio sin serlo. Nadie sabe lo que es la muerte. Quizá sea el mayor de los bienes. Lo único que sabe con certeza es que obrar mal y desobedecer al que es mejor que uno es malo y vergonzoso.

Aunque me absolváis

Y aquí dice Sócrates unas palabras que han atravesado los siglos. Aunque los jueces le ofrecieran la libertad con la condición de que dejara de filosofar, él no aceptaría. Les diría: os aprecio y os quiero, atenienses, pero obedeceré al dios antes que a vosotros. Mientras viva, no dejaré de preguntar a cada uno si no le da vergüenza preocuparse tanto por el dinero, la fama y los honores, y tan poco por la verdad y por su alma.

Añade que, si lo matan, el daño será para ellos y no para él. Porque un hombre bueno no puede ser dañado de verdad por uno malo. Atenas, dice, es como un caballo noble y generoso, pero adormecido por su propia grandeza, que necesita una espuela que lo despierte.

Y él es esa espuela que el dios le ha puesto. No será fácil encontrar otro.

La voz interior

Sócrates explica también por qué nunca se ha dedicado a la política. Desde niño oye una especie de voz divina, una señal interior, que nunca le dice lo que debe hacer, pero sí lo detiene cuando va a hacer algo equivocado. Esa voz le ha impedido siempre meterse en política. Y ha hecho bien: un hombre que lucha de verdad por la justicia, en la vida pública, no dura mucho.

Aun así, cuenta dos ocasiones en las que se jugó la vida. Una vez, siendo miembro del consejo, se opuso él solo a que se juzgara a los diez generales todos juntos, contra la ley. Y otra vez, bajo el gobierno de los treinta tiranos, le ordenaron ir a Salamina a buscar a un hombre, León, para matarlo. Los demás obedecieron. Sócrates se fue a su casa. Si el gobierno no hubiera caído poco después, quizá lo habrían matado por ello.

Ni lágrimas ni hijos

Sócrates dice que nunca ha sido maestro de nadie. Habla con todos, ricos y pobres, y no cobra. Si alguno de los que lo escuchaban se hizo malo, no fue por su culpa. Y muchos padres y hermanos de sus discípulos están en la sala: ninguno lo acusa.

Para terminar su defensa, explica que no piensa hacer lo que hacen otros acusados: traer a sus hijos llorando, ni a sus parientes, para dar pena a los jueces. Tiene tres hijos, uno ya mozo y dos pequeños,

pero no los traerá. Sería indigno de él y de la ciudad. Los jueces no están ahí para hacer favores, sino para juzgar según las leyes.

Culpable

Los jueces votan. Sócrates es declarado culpable. Pero, dice él mismo, solo por tres votos no ha sido absuelto. Esperaba una diferencia mucho mayor.

Según la costumbre de Atenas, el acusado podía proponer una pena distinta a la que pedía la acusación. Y Sócrates, en lugar de pedir el destierro, que probablemente le habrían concedido, dice que lo justo sería premiarlo. Que, por haber dedicado su vida al bien de la ciudad, merecería que lo mantuvieran a costa del Estado en el Pritaneo, como a los que ganan las carreras de caballos y de carros en los juegos olímpicos.

Al final, por insistencia de sus amigos, propone una multa: una mina de plata, que es lo que él puede pagar. Y luego treinta minas, de las que responderán Platón, Critón, Critobulo y Apolodoro, que están en la sala.

Condenado a muerte

Los jueces votan otra vez. Y esta vez la condena es a muerte.

Sócrates no se arrepiente de nada. Dice a los que lo han condenado que no ha perdido por falta de palabras, sino por no querer llorar ni suplicar ni decir lo que ellos querían oír. Lo difícil no es escapar de la muerte, sino escapar de la maldad, que corre más deprisa. A él, que es viejo y lento, lo ha alcanzado la muerte. A sus acusadores, que son ágiles, los ha alcanzado la maldad.

Y les anuncia que, después de él, vendrán otros, más jóvenes y más duros, que les pedirán cuentas de cómo viven. Matar a quien te critica no es la manera de vivir bien. La mejor manera es hacerse mejor.

Una buena esperanza

A los jueces que votaron a su favor les habla con cariño. Les cuenta que esa mañana la voz interior no lo detuvo ni una sola vez: ni al salir de casa, ni al entrar en el tribunal, ni mientras hablaba. Eso le hace pensar que lo que le ocurre es un bien.

La muerte, dice, solo puede ser una de dos cosas. O es como un sueño profundo y sin sueños, y entonces es una ganancia maravillosa, porque toda la eternidad sería como una sola noche tranquila. O es un viaje a otro lugar, donde están todos los que murieron antes. Y entonces, qué alegría poder conversar con los grandes poetas, con Homero, con Hesíodo, y con los héroes que fueron condenados injustamente, como Palamedes. Seguiría haciendo preguntas allí, para ver quién es sabio y quién cree serlo sin serlo.

Ningún mal puede ocurrirle a un hombre bueno, ni en la vida ni en la muerte. Por eso no está enfadado con quienes lo han condenado.

Yo para morir, vosotros para vivir

Antes de irse, les pide un último favor: que cuando sus hijos sean mayores, los atormenten como él los ha atormentado a ellos, si ven que se preocupan más del dinero que de la virtud, o que creen ser algo cuando no son nada.

Y termina con estas palabras: ya es tiempo de que nos retiremos de aquí, yo para morir, vosotros para vivir. Quién lleva la mejor parte, nadie lo sabe, excepto Dios.

Lo que pasó después

Sócrates murió en la cárcel unas semanas más tarde, bebiendo la cicuta, un veneno que se daba a los condenados. Platón contó sus últimas horas en otro diálogo, el Fedón, que también puedes escuchar en este canal.

La Apología es uno de los textos más leídos de la historia. No por la habilidad de su defensa, sino por la coherencia de un hombre que prefirió morir antes que dejar de pensar, y que nos dejó una pregunta que todavía nos incomoda: ¿de verdad sabemos lo que creemos saber?

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.